

CIELOS EN LAS ESTRELLAS

IBHekneby

Una noche, en lo alto de aquel monte bajito que abraza la playa de mi infancia, mirando hacia arriba buscando perseidas, o más bien buscándonos ellas a nosotros, entendí el porque de todas aquellas lucecitas brillando en el cielo. Era una noche fresca de mediados del verano y tal vez fue la brisa del mar quien me trajo, con su leve soplo, la magia para entender lo que nuestros ojos perciben como estrellas.

Había sobre mi, sobre nosotros, incontables estrellas, como ha habido en la tierra incontables personas; aunque digan en estadísticas que nos pueden contar, no es así, no pueden encapsular tantas almas en tan pocos números, tantos milenios en tan pocas líneas. Cada día nos olvidamos de ellas, con el manto azul, blanco o grisáceo que nos acompaña en nuestras rutinas; pero por suerte, siempre llega la noche; el sol, con su ausencia, nos recuerda una y otra vez, que no esta solo, que se alberga junto a todas sus hermanas, las estrellas.

Bajo aquella noche de luna nueva yo miraba hacia arriba y como cada noche aquel manto de parpadeos lejanos y cercanos nos protegía, con sus misterios ocultos y a su vez, historias tan visibles. Entendí tumbada sobre la humedad de la tierra que en cada parpadeo de luz vemos una ventana, diminuta, más diminuta que la hormiga más pequeña de los mismos bosques desde donde las observaba. Tras esa ventana, si miras hacia la oscuridad con suficiente claridad, verás el cielo más personal, más particular. Detrás de cada estrella se alberga el cielo de cada una de las personas que antes habitaban entre nosotros. El más allá de cada uno de aquellos que tanto creyeron o cuestionaron si existirían después del fin. Ahora veía que ese fin nos esperaba tras cada luz.

Esa noche descubrí que aquella estrella, la de justo ahí que tanto brilla, esa era mi abuela: con su cielo lleno de risas, orillas y tardes infinitas jugando a las cartas entre sus amigas. Su estrella brilla más porque aquí en la tierra ella también relucía diferente a los demás. Esa de allí, que parece tan lejana y tenue, esa es de aquel hombre valiente del principio de los tiempos. Han pasado milenios, pero allí sigue; el cielo desconocido de alguien que no conocimos, pero que allí está gozando su eternidad para que nosotros encontremos paz en la infinidad del universo.

Cuando te llene el silencio que tanto habla al seguir un atardecer, entonces, tú también podrás ver todo esto. Tal vez tu ángel este allí, entre las estrellas del cinturón de Orión, en esa ventana por la que asoman montes llenos de nieve y animales que aprendieron nuestro idioma para acompañar cada aventura de quién en esa utopía vive su perennidad. Quizás sea esa otra, aquella estrella que solo se ve en el sur del mundo, donde los astros cambian y así también todos los que en ellos encontraron su paz final. Esa otra brilla con parpadeo como si fuera un faro en la costa, y allí, con la calma de su gente, se vislumbran librerías infinitas rodeadas del olor a madera y el encanto de silencios compartidos.

Pero no es tan simple ver estos mundos, hechos con la magia del deseo y la bondad; se necesitan tinieblas para contemplar la luz que a cada uno nos dejará ver la inmortalidad del amor, la armonía que nos devuelven aquellos espíritus que desde arriba nos acompañan.

Yo aún busco, cada noche, entre el centelleo, para ver si encuentro a mi abuelo; en su viaje en barco o a caballo, volando con su luz sobre nosotros. Busca tu también, entre tus sueños y los suyos encontraras interminables estrellas, y estarán todas, llenas de cielos.